

de las tabernas habituales que frecuenta, respondió M. José con sumisión, y esto será algo largo.

Madama Lamouroux se encogió de hombros con impaciencia, y dijo:

— ¿Qué importa, si al fin llegamos á encontrarlo?

— Bueno, respondió M. José, que comprendió serían inútiles cuantas objeciones se hiciesen contra semejante resolución. Empecemos por el *café de los Bandidos*.

El *café* estaba casi desierto; no había en él más que M. Gosse, que se estaba preparando un *grog* en toda regla, en el cuarto bajo.

Por lo visto, el buen Gosse salía de sus casillas.

M. José preguntó por Chinela á uno de los mozos del *café*, que le dijo conocía al tal Chinela perfectamente, pero que hacía tres semanas que no le veía.

M. José ajustó la cuenta de los días mentalmente, y halló que justamente aquel tiempo coincidía con el número de días del rapto de Ursula y de la desaparición de la Pipione.

Durante esta conversación, madama Lamouroux se quedó esperando á la puerta del establecimiento, y no podía disimular su impaciencia.

— ¿Quién sabe? le dijo José al volverse á reunir con ella para darle cuenta del mal resultado de este primer paso, quién sabe á dónde nos conducirán nuestras pesquisas?... Sería mejor que me las dejáseis hacer á mi solo, Elena.

Pero la pobre madre azorada é inquieta estaba dominada por una idea más fuerte que su razón, y miró á M. José con una expresión tan suplicante, que este añadió en seguida:

— Vamos, pues, ya que tanto lo deseáis, pero permitidme que tome antes algunas precauciones indispensables para esta expedición, que tal vez no esté exenta de riesgos, haciéndola en vuestra compañía.

Madama Lamouroux, de quien se había apoderado un gran abatimiento, después de su exaltación, inclinó suavemente la cabeza y contestó:

— Haced lo que queráis, con tal de que consigamos encontrar á Chinela.

M. José se acercó á un farol, desgarró una hoja de su cartera y á la luz vacilante de aquel farol escribió estas líneas:

« Esta noche, á la calle Rambuteau, dentro de una media hora, tú con un coche de alquiler de los que hacen el servicio fuera de puertas. Luis con blusa, como en otro tiempo. Muy urgente.

» José. »

Este lacónico billete estaba dirigido á M. Clemente, joyero, bulevar de las Capuchinas.

En razón á lo poco adelantado de la hora, llegaría á su destino antes que Luis Jacquemin, que era ya contra-maestro de Clemente, hubiese salido del taller.

El reloj de San Eustaquio daba el cuarto para las diez.

M. José se acercó á un mozo que estaba hablando á la puerta de un despacho de vino con un castañero que era su compadre, le entregó el billete y le pagó una carrera de coche para que fuese más pronto.

Tomando en seguida el brazo de madama Lamouroux: — Vamos, le dijo.

Ella obedeció sin la menor resistencia y sin preguntar siquiera á dónde iban. ¿Qué le importaba, con tal de que encontrasen á Chinela?

José torció á la derecha, hizo jugar el secreto de la cerradura de la puerta y se entró en la casa de la calle Rambuteau, que tenía el honor de albergar á los esposos Gosse.

Las ventanas del cuarto de estos estaban alumbradas, y la Bebella adorada estaba sin duda regalando su paladar con algunas gotitas de rosoli, mientras que el « horrible monstruo », muy lejos y á gran distancia de ella, se estaba abrasando el gáznate con su *grog* con pimienta.

La diferencia de gustos suele traer la desavenencia en los matrimonios: á « Bebella adorada » le gustaba « lo dulce »; al horrible monstruo « lo seco. » No era posible el entenderse.

Así es que ya no se entendían.

M. José no hizo gran caso de aquella luz que alumbraba melancólicamente las tristezas de la viudez anticipada de la « adorada Bebella », y subió las escaleras sin detenerse.

Madama Lamouroux lo iba siguiendo.

— Calla, calla, dijo José, ¿es que tendremos la buena suerte de haber conseguido nuestro objeto en seguida?

En el interior del cuarto de Chinela se oía un ronquido sonoro como el de un becerro.

M. José se acercó á la puerta y llamó.

Primero se oyó como un gruñido sordo, y luego una voz aguardentosa preguntó:

— ¿Quién está ahí?

M. José contestó cortesmente preguntando por el señor Chinela.

— Chinela... no conozco, replicó la voz brutalmente; largaos de ahí y dejadme en paz.

Chinela no vivía ya en la casa de la calle Rambuteau.

Después de una respuesta tan categórica, José abrió la puerta de su bohardilla, encendió una bugia é hizo entrar en ella á madama Lamouroux.

— ¿Estáis bien decidida, Elena? le preguntó por última vez.

Elena inclinó la cabeza.

— Pues entonces, manos á la obra.

Y abrió el gran cofre que estaba á la cabecera de la cama.

Este baul-mundo era un verdadero almacén de trajes.

XIX

EXPEDICION NOCTURNA.

M. José sacó de aquel cofre las ropas necesarias para transformar á madama Lamouroux en mujer del pueblo bajo.

Un vestido ajado y arrugado, un chal remendado, botas desvencijadas.

Nada faltaba, ni aun las manchas de lodo y las cazcarrias al rededor de los ribetes del vestido y la guarnición de las enaguas.

Colocó estos andrajos sobre una silla, y saliéndose al corredor, la dijo:

— Poneos eso y despachaos.

Y ella obedeció sin decir una palabra.

Cuando estuvo vestida, dió unos golpecitos en la puerta y se salió, á su vez, á esperar en el descansillo de la escalera á que M. José cambiase igualmente de traje.

Este se puso una blusa manchada de pintura; por encima de la blusa un pantalon sucio de tela, y, sobre su cabellera rizada, se plantó, á lo calavera, una gorrilla de seda de color de naranja.

Después que acabó de vestirse hizo señas á Elena de que podía volver á entrar en el cuarto, y le dijo:

— Ahora, aguardemos.

Y para no perder el tiempo mientras tanto, cogió un puñado de polvo del pasillo de la escalera y frotó con él, para ensuciarlo, la parte de la ropa de madama Lamouroux que aparecía demasiado blanca, y con un pedazo de carbon le hizo y se hizo él mismo esos círculos negros debajo de los ojos que son las señales fijas é indelebles del vicio y de la vida desarreglada.

Después de hecha esta última operación, el disfraz fué tan completo, que al verlos se hubiese creído tener delante de los ojos una de esas parejas sin nombre que se encuentran á la caída de la noche en las inmediaciones de fuera de puertas.

El hombre, joven, pero abrumado ya por el vicio precoz; la mujer, de más edad, pero conservando todavía los restos marchitos de su hermosura pasada, asquerosa ahora, y tanto más repugnante cuanto más se conoce que ha sido bella.

Se miraban en silencio uno á otro, y ellos mismos no se conocían.

No tuvieron que esperar mucho tiempo.

Se oyeron pasos en la escalera, y á poco entró Luis Jacquemin.

Digno compañero de esta pareja repugnante.

Venía enteramente como el Luis Jacquemin de otros tiempos, antes de su rehabilitación.

— Abajo está Clemente, dijo, con el traje indicado.

— Bueno, respondió M. José levantándose.

Jacquemin reparó entonces en madama Lamouroux, y no pudo reprimir un gesto de sorpresa.

— Es menester que encontremos á Chinela esta misma noche, dijo M. José.

— En ese caso, respondió Luis, no tenemos más que ir á la *Gota de oro*, allí es en donde él termina.

— Ea, pues vaya por la *Gota de oro*.

Y los tres bajaron la escalera.

Un coche, en cuyo pescante se hallaba Clemente, estaba aguardando á la puerta.

M. José y madama Lamouroux se colocaron en el interior, y Luis al lado del cochero.

Después, el alquilon echó á andar al trote corto.

Cuando llegó á la extremidad de la calle del Faubourg San Martín, el coche se paró, y saltando á tierra Jacquemin vino á abrir la portezuela.

— Vamos andando á pié; Clemente nos seguirá con el carruaje, para ayudarnos si fuese necesario. Nosotros andaremos á pié el camino que falta para que la señora aprenda un poco el modo de tenerse.

Echaron á andar agarrados los tres del brazo, llevando á madama Lamouroux en medio, y Jacquemin les hacía entretanto algunas observaciones en voz baja.

— Vos, señora, les decía, y sea dicho con perdon, os llamareis la Chifa: sois una ciudadana que tenéis *cum quibus* y que os gusta pagar á los amigos una francachela de vez en cuando. No hay que mostrarse muy generosa, eso haría entrar en sospechas.

Vos, M. José, sois un pintor de edificios, y ya se sabe que á estos les gusta remojar el gáznate: será preciso trincar, y de firme. Sereis mi amigo Augusto, alias el Angumosin. Es preciso dar á entender que habeis hecho el aprendizaje en una casa de corrección, eso agrada.

En cuanto á mí que os presento, mi nombre es bien conocido y hago gala de él, no necesito buscar otro, pero, es menester que vos lo sepáis, me llaman en esta amable sociedad, de la que soy uno de sus más bellos adornos, Luis, alias Tuerce-Tripas.

Con que así, cuidado con equivocarse, la Chifa, el Angumosin y Tuerce-Tripas. Ahora, adelante.

Se supone que hemos hecho ya una pequeña excursión por las *Delicias* y que hemos tenido un ratito de conversación con el *perfecto amor*. — Vamos, la Chifa, un pequeño derrengamiento de caderas, y tú, Angumosin, algunos balanceos á derecha é izquierda: nada de embriaguez completa ni brutal, eso no engaña más que á los zopos. En este país se desconfía de los hombres muy borrachos... Una buena chispa que no se apague durante una semana, el paso vacilante, una cara atontada, la mirada errante y el labio inferior algo caído, eso basta.

Y al dar estas lecciones prácticas, el amigo Tuerce-Tripas iba festejando él mismo alegremente la calle.



Son unos borrachos.

Delante de ellos, á distancia de un tiro de fusil, Clemente iba andando con su alquilon al paso.

Hablando y andando así, llegaron á la Villette, á la entrada de la calle de Flandes.

— Hé aquí el momento y el instante, gritó Jacquemin, parodiando grotescamente á los titiriteros de las ferias, ¡á la escena!

Volvieron á agarrarse del brazo, ocupando toda la anchura de la acera, y se echaron á andar dando traspiés y balanceándose.

— ¡Ohé! el Angumósín, una cancioncilla, vamos.

Y con voz cascada, aguardentosa y extravagante, Luis se puso á cantar :

Vámonos á la barrera
A refrescar la mollera.

Y los tres repitieron en coro :

Vámonos á la barrera.

Al ver este grupo de tan sospechosa apariencia, los transeúntes se apartaban prudentemente y tomaban la acera opuesta.

Y los agentes de policía abrian el ojo y los observaban.

La calle se presentaba ante este trio extraño en toda su longitud interminable, alumbrada á medias por algunos faroles colocados á largas distancias, y cada vez se hacia mas solitaria.

De vez en cuando, solia encontrarse algun hombre achispado que iba andando agarrado á las paredes, ó alguna cuadrilla de esos corre-calles que iban cantando con sus gritos descompasados, capaces de romper con ellos hasta sus propias cabezas.

A la esquina de un callejon oscuro, no empedrado y lleno de barro, tropezaron con dos hombres que, de pié y colocados en la parte mas oscura de esta callejuela, estaban hablando en voz baja.

Al acercarse el grupo sospechoso, estos dos hombres se alejaron con viveza, pero tan luego como José, Elena y

Jacquemin pasaron, volvieron á colocarse en el mismo paraje.

— Son unos borrachos, dijo el uno de ellos. ¿Estás seguro, pues, de que vendrá? añadió.

— Muy seguro.

— ¿Y que el otro irá allá abajo?

— Desde el dia siguiente de su casamiento, no falta ninguna noche.

— ¡Vaya una sociedad bien original para un millonario!

— Es un capricho inexplicable.

— Que yo podría explicar muy bien si quisiera, pensó entre sí M. Gigant, porque era él uno de los interlocutores.

El otro era el coronel Fritz.

— Y, continuó M. Gigant, ¿tu hombre no vacilará?

— Está muerto de hambre y se emborracha, replicó secamente Fritz. Además, que esos italianos no son escrupulosos; y por otra parte, creo que esta no seria su primera puñalada.

— Chiton. Ahí está.

Y en efecto, se acercó á ellos una tercera sombra : Fritz se adelantó á reconocerla y volvió en seguida, diciendo á M. Gigant :

— Él es.

— Entonces, entonces, dijo el hombre de negocios, M. Matifay pasará esta noche un mal rato.

Estaba contento de sí mismo. El medio indicado por Aurelia para deshacerse del banquero, le parecia bueno, pero demasiado largo. Despues, cada uno tiene su amor propio, y se alegraba de poder probar á su asociada, por un golpe maestro, que en caso necesario hubiera podido muy bien pasarse sin su concurso.

Pero ¿qué diablo de capricho tenia Matifay en venir á trincar como un traperos con el aventurero italiano, á la Gota de oro?

Al fin y al cabo, eso poco le importaba. El hecho existia; esto era lo principal, y era preciso saber aprovecharse de él.

El recién venido se acercó poco á poco, tambaleándose á cada paso y tropezando con todos los guijarros. Era Chinela en efecto.

XX

LA GOTA DE ORO.

No era una taberna para divertirse como el *café de los Bandidos*, y esta vez, los aficionados á lo pintoresco habrian quedado satisfechos.

Demasiado satisfechos quizás, porque sin grandes esfuerzos su satisfaccion habria podido cambiarse muy fácilmente en terror.

La linterna roja de la *Gota de oro* brillaba como el ojo bizco de un ciclope en el fondo de un callejon oscuro y fangoso.

Era preciso, al andar, tener cuidado de no tropezar con algun parroquiano que se hallaba durmiendo la mona en un lecho en que seguramente estaba uno seguro de no hallar hojas de rosa, plegadas ó sin plegar.

Semejante descuido inexcusable y poco cortés, habria dado causa, de seguro, á una disputa, y las disputas en sitios semejantes son muy peligrosas, y los agentes de policía no se presentan en ellos sino en gran número, y bajo la forma de ronda.

La taberna se componia únicamente de un salon con el techo bajo, y atravesado por las vigas ennegrecidas con el humo. Las paredes habian sido embadurnadas con dobles colores, primero con cal, y luego, hasta la altura de la cabeza de un hombre, con una especie de barniz negro y grisiento que formaba un ribete ó franja de un aspecto bastante asqueroso y repugnante.

¡Encantadora confianza! Las mesas de madera tosca y los bancos sus iguales, estaban amarrados á la pared por medio de cadenas y garfios. Allí se bebía el aguardiente en escudillas de estaño sujetas á las mesas con una cadenita de hierro.

El aguardiente y el ajeno eran los licores de que se hacia mayor consumo; pero si se pedia expresamente, tambien servian aguardiente de patatas disfrazado con el nombre de fino champaña.

En el fondo de la pieza, y cortándola transversalmente, habia un enrejado de hierro detrás del cual estaba el mostrador. Esto les servia á los consumidores de ambos sexos de tierno recuerdo de los parlitorios de Poissy ó de San Lázaro.

Y por último, un moceton forrado con músculos como los de un toro, se paseaba de arriba abajo en medio de la sala. Era el sirviente del establecimiento, que se hacia pagar adelantado, y llevaba inmediatamente el importe á la ventanilla del mostrador, no conservando nunca en su poder mas que una cantidad de diez sueldos para los cambios.

Y bien á menudo sucedia no tener necesidad de hacer uso de ellos en toda la noche.

Los parroquianos de la *Gota de oro* tenian todos la bolsa muy pequeña; pero eran buenos pagadores... cobrándoles adelantado.

Preciso es confesar que en aquella alegre taberna la sociedad era muy variada: no concurría allí sino el desecho de la *pesca*; sin embargo, algunos parroquianos antiguos recordaban, no sin orgullo, que algunos *peces gordos* habian pasado por aquella red en sus dias de amargura, y mostraban á los novatos la escudilla que habia tenido el honor de tocar los labios del famoso asesino Lacenaire.

Tambien habia allí algunas gentes honradas — relativamente hablando, — traperos que, durante su exploracion nocturna, entraban á echar un traguito, de paso, con el cuévano á la espalda y el gancho en la mano: borrachos veteranos que venian á buscar allí el veneno concentrado que mas pronto mata.